

**U**NAS 400 personas nos reunimos el día 14 a cenar con Aranguren. Una noche tensa en que se podía esperar cualquier exceso de la ultraderecha, y que por eso estuvieron ausentes algunos amigos, pero que a pesar de todo transcurrió en calma y serenidad. Allí hablaron amistades, compañeros y discípulos: Pedro Laín, con su verbo cálido de amigo íntimo; el padre Díez Alegría, recordando sus años de compañeros en el estudio; Carlos París, analizando su figura filosófica; Ignacio Sotelo y Rosa Regás, como discípulos entrañables. Yo también hablé y recordé mis contactos católicos con él y lo que ha representado su figura dentro del catolicismo español. Recuerdos y significación que se resumen en una calificación: es y ha sido Aranguren un católico independiente, atento antes a su conciencia que a ninguna presión exterior por elevada que fuese.

Yo le conocí en 1952. Lili Alvarez me proporcionó esta ocasión. Era una tarde de primavera. Tomábamos el té en el patio de la desaparecida Casa de Ejercicios de las Misioneras Evangélicas (pronto llamadas Misioneras Seculares, porque entonces producía suspicacia en nuestro catolicismo la palabra "evangélico"). Yo no sabía quién era Aranguren. El casi toda la tarde estuvo observando lo que yo decía. Hablé de la Acción Católica, del maestro Eckart y de mil cosas más, y tuve una discusión fuerte con la misionera que nos había invitado, porque era una semierudita con afanes de ortodoxia. Cuando todo terminó vino mi sorpresa: Aranguren se despidió de mí —como si me hubiera conocido siempre— con esa efusión y ese calor profundamente sinceros, que lleva reprimidos tras un gesto que parece de lejanía, y que a algunos que no le conocen, desorienta. Aquella acogida fue para mí un inolvidable impulso hacia esa "independencia", que marcó mi vida después y que Aranguren ha representado mejor que nadie en España.

Más tarde fue el primer artículo sobre el laicado, que publicó en la naciente revista *Espiritualidad Secular*. En él se encontraba ya lo que doce años después declaró el Concilio Vaticano II acerca de los seculares, pero que resultaba impensable en nuestro país del bronco nacional-catolicismo, que sólo producía católicos dóciles y sumisos a las consignas de nuestra retrógrada y politizada jerarquía.

Aquel artículo le trajo los primeros disgustos eclesiológicos. Una frase comprensiva sobre Unamuno fue el caballo de batalla. No se podía afirmar un hecho real: que "el intelectual católico no puede prescindir de él", porque Unamuno resultó ser un respiro religioso en el páramo tan poco íntimamente vital

## HOMENAJE A Jose Luis Aranguren

de aquel catolicismo nuestro hecho de silogismos infantiles y de obediencias ciegas. Al final, el patriarca Eijo y Garay le dio paso porque comprendió, en una entrevista personal con Aranguren, que no era el extraño nihilista que él se había figurado a través de la imágenes tan injustas que muchos eclesiásticos pintaban de él. Imágenes deformadas, a pesar de tener a su disposición estos inquisidores su inteligente y sereno libro *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*.

Su idea ya entonces era que tenía que pasar el seglar "de Iglesia discente a laicado", que es tener "pensamiento propio y participación en la vida de la Iglesia".

"Una realidad circunstante que no le gustaba" le hizo refugiarse

taba a perseguir y denunciar como "salandijas ponzoñosas" a quienes pretendían un pensamiento o una actitud crítica con nuestras cosas hispanas de entonces. Y se exaceraban, por supuesto, todas las libertades públicas como perniciosas, exigiendo el sometimiento al famoso "bien común" que era dictado, a una, por el Gobierno franquista y por sus aliados nuestros obispos.

Luego vino su colaboración a lo que él llamó "su acción católica personal" en un seminario de intelectuales católicos minimamente abiertos, organizado por los graduados de Acción Católica, que pronto tuvo que terminar por considerarlo la Jerarquía excesivamente peligroso. Y las conferencias en la Cátedra universitaria libre que se tenía en Madrid bajo el título de



después en su "intimismo religioso". La mayoría de los españoles no saben hoy lo que fue la asfixia mental y religiosa que entonces se vivía en nuestras tierras. Era la época del nacional-catolicismo franquista. No nos bastaba oficialmente un catolicismo nacional, había que elevarlo a categoría de modelo universal, en una pretensión absolutista radicalmente anticristiana. Fue el momento en que clérigos y católicos oficiales rivalizaban en predicar las glorias de nuestro Estado por ser "el Estado totalitario cristiano", como confesaba con angélica —pero no por eso menos responsable— ingenuidad el famoso padre Menéndez Raigada en su *Catecismo patriótico* de 1939, declarado obligatorio para las escuelas y colegios por el Ministerio de Educación. Allí se inci-

Pío XII. Entonces fue cuando comprobé su amor y comprensión por sus alumnos de la Universidad: comprendí cómo los alentaba, respetaba y estimulaba en los coloquios y diálogos que presencié.

Pero también habían sido ya, hacía años, los tiempos de las críticas contra sus artículos del *Correo Literario* sobre el catolicismo, que compusieron más tarde su libro *Catolicismo día tras día*. Libro que tuvo serias dificultades con Roma por cosas tan inocentes como decir —cosa que era verdad— que el rito en torno a la consagración de la Misa resultaba externamente demasiado "barroco".

Fue precursor del avance católico, en España y fuera de ella. Dedicado como pocos a la enseñanza en Cátedra, conferencias, artículos y libros, de modo que hay que decir

que encarnó, como afirmaba el socialista Blanqui en el siglo pasado y don Manuel Cossío en éste, "la revolución se hará por la enseñanza". Sin ambición política y humana, pero siempre preocupado —socráticamente preocupado— por todo lo que afecta a los hombres, sin creerse con la solución mágica debajo de la manga, aunque esperando ayudar a los demás para acercarse a ella; que sigue pensando, ayer como hoy, en esa independencia que no quiere ninguna clase de clericalismo, sea de izquierdas o de derechas, porque no le gustaría que hoy se dijera desde el púlpito "vota comunista", como ayer no le gustó que se dijese "vota a las derechas", porque cree que esto lo tiene que decidir el hombre por sí mismo, sea o no creyente. Fue y es un católico independiente que siguió el consejo de Santo Tomás: "Si la conciencia prohíbe una actuación positiva, hay que seguir la conciencia, aun contra el deseo de la Iglesia, incluso si estuviere unido a esta postura la expulsión de la Iglesia, pues la conciencia es la mediadora del mandato divino" (In IV Sent.).

Es la figura ejemplar de quien puede sentirse satisfecho de haber sido sencilla y plenamente sincero, sin quizá darse cuenta de la importancia que esto tuvo y tiene en nuestro contexto político-social. Y, por eso, cumplió el consejo repetido a través de la Historia en circunstancias muy distintas: "llega a ser lo que eres", y que tan pocos hombres han seguido desde las épocas en que lo dijo el eclesiástico en la Biblia, Píndaro en sus *Píticas* y Goethe en sus *Conversaciones*.

Actitud que se plasmó en su noble postura ante la crisis estudiantil, prefiriendo sentirse unido a sus alumnos que regentando en forma conformista su Cátedra de Ética. Desprendido acto que él se empeña vanamente en disminuir su importancia, pero que marca su actitud de independencia y de responsabilidad, estrechamente hermanadas, ante el "desmoralizado" panorama del nacional-catolicismo franquista ayer, y hoy ante su herencia, y que le hace ahora en sus artículos de *El País* el más objetivo analizador de nuestra situación y perspectiva política.

Actitud que debería ser nuestro programa básico para salir España de tanto envilecimiento, corrupción y disgregación moral generalizados, que pesa sobre nuestras espaldas como herencia de una dictadura que alió en confusa amalgama el desprecio del hombre y los verbalismos nacional-católicos.

Un hombre, un profesor ante todo, que ha intentado ser constantemente intelectual y democrático, como él mismo confiesa.

■ E. M. M.